

Luis Rius, maestro ejemplar

Graciela Cándano Fierro

E preguntáronle: ¿Cuál es el más cumplido sabio?
E dixo: El que más se aconseja, e el que más se para en el lugar de dubda fasta que falla carrera para saberverdad.

Bocados de oro

Yo fui alumna de Luis Rius —en el posgrado— y seguiré siéndolo, pues sin duda me faltan muchas cosas que aprender de él; porque Luis, el sabio, el poeta, se convirtió en consejero, se volvió testimonio y se transformó —para siempre— en “ejemplo vivido”. Y todo ello, quizá, debido a que Luis Rius se apropió, hizo suya, la pregunta de aquel poeta a quien tanto admiró: León Felipe.

Su *¿quién soy yo?*, el *¿quién soy yo?* del hombre no ha caducado, no puede caducar. Sófocles, Dante, Cervantes, Shakespeare, tienen que seguir enfrentándose a esa pregunta. No vale decir que tuvieron su tiempo, y en su tiempo lo hicieron. Esa pregunta no tiene tiempo y es la pregunta del hombre, la que tiene que resolver el hombre. El hombre no tiene tiempo tampoco. No hay tiempo entonces. Aquí estamos todos juntos para repetir: *¿quién soy yo?*, hasta que Dios nos lo diga.¹

El tiempo de Luis tampoco ha caducado, por eso podemos seguir siendo sus alumnos; todo aquel que quiera, puede serlo en virtud de las voces que él dejó para que su herencia poética y magisterial continuara.

El sabio... el maestro

Luis nos enseñó muchas cosas: partamos de una fundamental, cuando recurría a Machado, otro de sus poetas favoritos. En una entrevista que tuve el privilegio de hacer a Rius,² él decía:

¹ Luis Rius, *León Felipe. Poeta de barro*. México, Málaga, 1968, p. 31.

² En la que yo parecía una inquieta ardilla y él un sabio y grave búho..., como en la sección

quien mejor que nadie ha aconsejado la modestia, invitando a la duda, es Machado. El poeta no es poeta por lo que afirma, ni por lo que niega, dice Machado, sino por lo que duda. Tenía razón Machado —dice Luis. La duda poética es maravillosa. Ahí está Manrique, su “Qué se hizo...”. El poeta es un filósofo también; es el que pregunta. Desde que uno nace, desde que uno es, está el porqué. Ésa es la vida.

El que hace arte —continúa Luis— debe crear una interrogación, y no decir “esto es la verdad, esto es la mentira”. Hay una zona en el inconsciente que nos lleva a preguntarnos siempre...

...y nunca olvida nada el inconsciente,
dicen que dijo Freud, digo que dicen.

186

Y enfatiza Luis en la entrevista: “El único que no está en la interrogación total es Dios, Jehová, Zeus”.³

Sí, Luis Rius fue paradigma de modestia y humildad. Nos dejó también como testimonio lo que debería ser un buen maestro: ser generoso y humilde al leer el poema de un gran poeta; ser humilde y generoso al leer una tesis para un examen profesional; tratar igual a un superior que a un inferior; disfrutar con quien lo entendía; acoger a quien lo necesitaba; pero, sobre todo, comprometerse con sus alumnos, estimularlos y jamás hacerlos desertar; a tenerlos, como él decía, en el pedestal y en la cuna. ¡Cuánto nos falta aprender de este maestro ejemplar!

Recordando a Oscar Wilde —en una de sus tantas conversaciones—, Luis repetía que había dos motivos importantes en la vida: el primero, el estilo (literario y, ante todo, humano), el segundo, no importa. Pero yo añadiría que hay un tercero que sí importa: haber sido alumna de Luis Rius, quien transmitía amablemente su saber, haciendo honor al “mejor omne del mundo” —según el concepto de la Edad Media—, es decir, el sabio, el consejero leal.

Luis nos reveló qué es la poesía (metáfora y ritmo), nos enseñó a ser legítimos habitantes de ella y no meros turistas.⁴ Luis también nos ilustró sobre sus queridos amigos del presente: Arturo Souto, Horacio López Suárez, Juan Lope Blanch, Ricardo Guerra, Pedro Garfias, y sobre sus compañeros del pasado: Lope de Vega, Quevedo, Cervantes, García Lorca, Juan Ramón Jiménez,

de *El Heraldo*, donde Rius tenía una columna intitulada “Buhardilla”. (Véase Graciela Cándano, “Últimas conversaciones con el poeta Luis Rius”, en *Utopías*, núm. 6. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, marzo-abril de 1990, p. 81.

³ *Idem*.

⁴ L. Rius, *La poesía*. México, ANUIES/Complejo Editorial Latinoamericano, 1972, p. 8. Obra de la que dice Montserrat Ramírez “contiene parte del pensamiento teórico poético de Luis Rius [...] Plantea algunos problemas propios del estudio de la poesía, y da a conocer su punto de vista al respecto; se concentra en algunas de las características esenciales, como las figuras retóricas, sobre todo, la metáfora y el ritmo”. (Montserrat Ramírez Castañón, *Vida y obra de Luis Rius*. Tesis. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994, p. 79.)

Alberti, Machado, el mismo León Felipe, etcétera. Y también nos alumbró sobre sus grandes amores: el romancero, el cante hondo, la danza, la pintura; nos habló de sus maestros: Julio Torri, Morente y nos acercó a sus grandes consejeros: Ángel González, Daniel Sueiro... y siempre —como decía Luis— siempre, en el nicho, Arturo Souto.

Si bien, como dice éste último, “Rius escribe espontáneamente desde los siete años. Mas no lo hace sin dolor. Al revés, una y otra vez medita, y pule sus versos”;⁵ lo mismo hacía —digo yo— como lector: sufría con el poeta que lo ameritaba, elogiaba a aquel que lo merecía, ya fuera Manrique o Berceo, ya fuera Miguel Hernández o García Lorca.⁶

Pero sigamos acercándonos a ese aspecto que viene ocupándome y que guarda estrecha relación con lo que acabo de mencionar, me refiero a su testamento como docente, como maestro ejemplar.

187

Luis nos enseñó a disfrutar la lectura de poemas, cuentos, novelas, comedias, escritos tanto en la Edad Media, como en el siglo XVII⁷ o en el XX. También hizo que nos enamoráramos de las canciones de tradición oral, de las que dice Souto: “Olvidáronlas los hombres con gran injusticia —refiriéndose a las canciones de vela—, y hoy las resucita Luis Rius, para su propio gusto, y el de los demás. Esa resurrección responde, en cierto aspecto, a la naturaleza misma del poeta”.⁸

Luis, poeta, fue y sigue siendo un hierofante. Ha asumido su función docente como poeta. Ha recuperado como poeta que es, las vivencias del aula, las ha intercalado en su pasado, las ha involucrado a su presente. En otras palabras, siempre fue maestro de “tiempo completo”, y no por burocracia, sino por amor.

Gonzalo Celorio rememora su presencia en clase:

Convocaba [Luis] al Arcipreste y al infante don Juan Manuel y a Alfonso, el Sabio y a Pedro López de Ayala y a Gil Vicente, que acudían a nosotros con absoluta naturalidad, con absoluta vigencia, acaso porque la voz que los convocaba había abrevado en ellos y por ellos estaba articulada.⁹

⁵ Arturo Souto, “Luis Rius”, en *Los Universitarios*, núm. 2. Nueva época, México, UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, marzo de 1984, pp. 3-4.

⁶ “España y la literatura clásica fueron los primordiales ingredientes que nutrieron a Luis Rius durante sus primeros años de vida en el exilio [...] Y en la Facultad de Filosofía y Letras, la de Mascarones, [...] aprendió lo que realmente deseaba y enriqueció su vocación literaria; además, recibió el apoyo intelectual de algunos maestros pertenecientes al exilio, y de otros quienes impulsaron sus aspiraciones”. (M. Ramírez Castañón, *op. cit.*, p. 70.)

⁷ L. Rius, *Los grandes textos de la literatura española hasta 1700*. México, Pormaca, 1966, p. VII.

⁸ A. Souto, “Luis Rius”, en *op. cit.*, p. 6.

⁹ Gonzalo Celorio, “Corazón desarraigado”, en *La Jornada Semanal*, núm. 212. Nueva época, México, 4 de julio de 1993, p. 7.

En efecto, el gozo de Luis radicaba en recordar siempre a los poetas que había conocido en su vida, ya por escrito, ya por experiencia vivencial.¹⁰ Como en un río que canta, Luis ha sido el gondolero que cala en la límpida poesía popular y en las palabras remozadas de Góngora, Quevedo, Zorrilla, Bécquer, Unamuno, Miguel Hernández y un largo etcétera, pues “la evocación y añoranza son, como todo en su vida, dobles: el aquí y el allá, el presente y el pasado, motivan una idéntica nostalgia”.¹¹

Muchas veces Luis Rius nos acercó a otros poetas. De Berceo, por ejemplo, apuntaba que la eternidad de sus versos la habían descubierto los poetas, no los eruditos: “Afortunado Gonzalo de Berceo —decía— ése ha sido el mejor premio a su dulce humildad”.¹²

188 Luis, en su lectura, en su recitar constante, fue un dilecto juglar. El recurso que utilizó fue su entrega al verso que pronunciaba. Ésa era su manera de revelarnos la relación entre lo oculto y lo manifiesto: “El hoy es siempre ayer / y el ayer es eterno”.¹³

Él, como el protagonista de *Bocados de oro*,¹⁴ asimiló las enseñanzas de los sabios que le antecedieron “trasladándolas por escrito [o por palabra] para que perduren en [la] memoria y en el tiempo; [y así poder] sacar provecho de ellas las generaciones venideras”.¹⁵

Una clase con Luis Rius

En defensa de la poesía, nos explicaba —respecto al adjetivo— que la buena cualificación es otra manera de defender el verso, y, recordando a Machado una vez más, Luis decía que hay dos tipos de adjetivos: el definidor y el cualificador.

El adjetivo cualificador es el que individualiza, que es la función del poeta: individualizar la intención, la emoción. Y ésa es la maravilla. Cuando Calderón dice

¹⁰ De hecho, recuerdo que cuando entrevisté a Luis, él insistía en que ésa era la entrevista a Machado y que otro día le hiciera una a él.

¹¹ Ángel González, “Prólogo”, en *Cuestión de amor y otros poemas*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla, La Mancha, 1998 (Humanidades), p. 19.

¹² G. Cándano, “Últimas conversaciones con el poeta Luis Rius”, en *op. cit.*, p. 80.

¹³ L. Rius, *Canciones de ausencia*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1954.

¹⁴ Francisco Crosas López, “Fragmentos de *Bocados de oro* en un manuscrito de la Real Academia de Historia”, en *Revista de Filología Española*, vol. LXXX, núms. 1-2. México, 2000, pp. 5-30.

¹⁵ Marta Haro Cortés, *La literatura de castigos en la Edad Media*. Madrid, Laberinto, 2003 (Arcadia de las letras, 23), p. 28.

—seguía recordando a Machado—: “la noche es fría”, el adjetivo “fría” vale para todas las noches, es una abstracción, cuestión de lógica, adjetivo definidor. Y ahí viene Machado a decir que es superfluo. Manuel, su hermano, que era uno de los grandes adjetivadores, nos dejó: “y de sus ojos el azul cobarde”. He aquí un ejemplo de adjetivo cualificador, el que individualiza, lo que da una idea de la visión propia de la realidad de la que se hable. Pienso —decía Luis—, cada vez más, que el adjetivo es lo fundamental.

Luis dijo en otra ocasión:

Yo no soy mal lector de poesía. Y lo único que me tiene contento en esta vida es precisamente eso, que soy una persona que, a su manera —no quiero decir que es la única—, entiende de poesía. Creo que leer bien poesía es entender de poesía. Si no, vuelvan a oír a Neruda.¹⁶

189

Y es ineludible —cuestión de principio— traer a la memoria (cuando la realidad nos lo niega) la imagen literaria del gran poeta leyendo, del lector encarnando la poesía, del *medium* que tras la mesa sostiene un libro pequeño o una gran antología —según sea el caso— para conferir carta de presencia al autor de las páginas elegidas para la lectura. Con la otra mano marca el ritmo, señala la pausa, dibuja la cadencia. Entonces la cara, el gesto de Luis, muestran el rastro que dejó el verso, y sus ojos —encaramados unos segundos antes en lo alto— vuelven a fijarse en la palabra escrita y torna a pronunciarla, a defenderla. Luis suplantaba al poeta que recitaba, pues sabía en qué consistía la defensa de la poesía:

Recordarás que cuando Guillén le preguntaba [a García Lorca] “Por qué te empeñas en recitar siempre los poemas, Federico?” Lorca respondía: “Yo, para defenderlos”. La defensa de García Lorca consistía en dar la intención requerida a tal verbo, adjetivo o cadencia”.¹⁷

Rius recordaba, entonces, uno de sus propios poemas, de *Canciones de amor y sombra*: “Siempre he sido pasado. Así me muero: / recordando no ser, sino haber sido, / sin tampoco haber sido antes primero”.

Nuestra función como oyentes o lectores de Luis es permanecer atentos, seguir el rasgo marcado, si no por la mano, sí por la letra, sin descuidar ni un instante lo que emerge de esa voz mesurada que paladea el verso. Las palabras de Luis resuenan como cuchillos, como campanas, como aire. Luis Rius, entendedor de poesía disipa los enigmas en el verso; porque el papel que se

¹⁶ G. Cándano, “Últimas conversaciones con el poeta Luis Rius”, en *op. cit.*, p. 79.

¹⁷ *Idem.*

impuso a sí mismo —como decíamos— consistió en descifrar y conferir espacio al autor que recordaba, que repetía, que parafraseaba, de *Canciones de amor y sombra*: “Yo aquí. ¿Yo aquí? ¿Por qué? / Para otro como yo dejo esta página”.

Sí, extraño a Luis Rius, sobre todo cuando cerraba *con broche de oro* la cátedra que generosamente me confió (ya se tratara de Jorge Manrique o del *Poema de Mio Cid*); excelso regalo de aquel “complido sabio”, y que tanto lamento ahora no poder ya endosar ni hacer partícipes de ello a mis alumnos.

Viva Luis Rius, maestro ejemplar.